¿Debería existir el desarme?

Por Ralph M. Lewis, F.R.C.

Emmanuel Kant, en el siglo XVIII, vituperó en contra del militarismo. Declaró que los grandes ejércitos y armamentos tienden a amenazar la seguridad de otras naciones, las cuales reaccionan luego, construyendo grandes fuerzas militares opositoras para su protección, reduciendo así sus presupuestos. Además, manifestó que tales armamentos eventualmente originarían confrontaciones entre las naciones. La hipótesis en este tipo de razonamiento, que es también comúnmente explicada hoy en día, es que la paz seria el resultado eventual del desarme universal.

La pregunta surge: "La supresión de las armas para la guerra, ¿conducen al individuo, necesariamente y de manera innata, a un comportamiento menos agresivo?" La presunción es, creemos, que el acceso a las armas incitará a ser beligerante individual o colectivamente a un bando que en otras circunstancias sería apacible.

Si podemos generalizar, las guerras son causadas fundamentalmente por dos motivos básicos: la defensa propia y la explotación. Esta última puede explicarse principalmente debido a los incentivos mercenarios; la necesidad de crear nuevos mercados para el comercio; confiscación de recursos naturales necesarios, y por la dominación. Se han dado muchas explicaciones intentando justificar tales guerras. Todas las grandes potencias del pasado y del presente no son totalmente inocentes de tales acciones.

En cuanto a las guerras "defensivas", la historia ha demostrado que algunas fueron completamente motivadas por una amenaza aparente o real para la existencia de un país. Sin embargo, a la inversa, muchas de estas guerras fueron iniciadas por razones muy diferentes. Este tipo de guerra "defensiva" fue con frecuencia precedida por la amenaza de la lucha interna y la posible revolución. Por lo tanto, para eliminar tales tensiones y preservar al gobierno titular se hacía una propaganda, anunciando una inminente amenaza de guerra por parte de alguna nación vecina. Tal propaganda estaba repleta de reclamos por las atrocidades cometidas por tal nación en contra de los ciudadanos de los acusadores.

Esto generalmente lograba el objetivo de solidificar el apoyo público al gobierno y apaciguar temporalmente el espíritu revolucionario; pero esto precipitaba una guerra innecesaria que involucraba una gran pérdida de vidas y propiedades en ambos bandos.

Gran poder

Psicológicamente, el poder y la fuerza ostentados pueden inculcar desconfianza y temor por parte de aquéllos que tienen menos capacidad y quienes existen bajo sus sombras. El poder y la fuerza no implican necesariamente beligerancia. Sin embargo, su formación y control están sujetos al carácter humano. Tal poder y fuerza pueden causar una excesiva

abundancia de egoísmo por parte del poseedor, dando como resultado la intolerancia. Un individuo que tiene los medios de ejercer gran poder en cualquier forma, comúnmente muestra una actitud intransigente hacia cualquier oposición. Se asume que la oposición es una amenaza a la superioridad que él tiene y puede entonces ejercer su poder para disminuir la discrepancia.

La exhibición del gran poder militar y económico de una nación crea envidia. Con frecuencia y sin justificación alguna, una nación "pobre" abrigará la creencia de que la prosperidad más poderosa de un país ha sido alcanzada de alguna manera a sus expensas. Entonces el jefe de la nación más pequeña, incitará a sus ciudadanos y a aquéllos de los países vecinos a formar una coalición armada en contra de la amenaza imaginaria del poder.

El impulso de agresividad es inmanente en el hombre. La supervivencia no es sólo un asunto de simple existencia física (la complacencia de los apetitos) sino también la satisfacción de las emociones y la realización de los objetivos mentales que el hombre establece para sí mismo. Si estos se hubieran obviado en una etapa temprana del desarrollo del hombre, sus logros habrían sido en vano. El hombre se ha enfrentado contra los obstáculos, y esto lo ha fortalecido físicamente y ha estimulado sus poderes mentales.

El ego tiene sus apetitos, así como el cuerpo. Dos de los más grandes de éstos son la avaricia y el poder.

Lo primero, el amor por la posesión, acrecienta el ego. En otras palabras, cuanto más cosas materiales uno posee, lo más que tienden a extender un aspecto del ser. Psicológicamente lo que "tenemos" es una expansión de la relación física con el ser; sencillamente, "mío" y "yo" están estrechamente relacionados a nuestro sentimiento personal del ser. El ser es totalmente individualista; sólo recurre a la asimilación cuando lo que adquiere se cree que acrecentará el ser. En otras palabras, lo que hace por otros es principalmente complacer al ser personal.

La empatía, una extensión del sentimiento por otros, y uno de los más elevados, es una reacción emocional que debe ser cultivada sobre la complacencia burda del ser limitado. Este altruismo elevado es un resultado de la disciplina moral. A menudo se estimula por la religión, pero desafortunadamente no en una forma universal. Además frecuentemente es engendrado por la guía de los padres con respecto a inculcar los valores de la sociedad y la necesidad de relacionar al ser con otros para el bienestar mutuo.

Sin embargo, los instintos prístinos o impulsos primitivos del ser, predominan. Si no son controlados por una reflexión racional, pueden diezmar a la sociedad. Puesto que la gente controlada por estas motivaciones primitivas, con frecuencia recurre a la fuerza para lograr satisfacción, otras personas deben usar métodos similares para controlarla. Análogamente, ya que a las municipalidades se les exige tener guardias armados para mantener el orden, ¿pueden hacer menos las naciones cuando

se enfrentan con poderes que exhiben grandes armamentos y una ambición vociferadora por la dominación del mundo?

¿Puede una nación idealísticamente abogar por la paz por medio del desarme? La paz obtenida a través del acto simbólico del desarme asume que los seres humanos a nivel mundial han alcanzado la autodisciplina necesaria de modo que el uso de las armas no se necesita más.

Desarme universal

En el estado actual de los asuntos internacionales, una nación que se desarmara como un gesto de paz, arriesgaría provocar su posible aniquilación como estado soberano. El desarme debe ser universal, es decir, un acuerdo convenido mutuamente. Lamentablemente, no existe una confianza universal por parte de todas las naciones de que todas y cada una se adherirían fielmente a tal acuerdo. Esto refleja nuevamente el hecho de que la paz comienza primero con el hombre mismo.

Recientemente recibimos una circular de una organización que aboga completamente por el desarme. Para A.M.O.R.C., ésta parecería tener ciertas alusiones políticas en conexión con su idealismo. A.M.O.R.C. respondió que no podía apoyar el plan propuesto. Fuimos criticados por no estar de acuerdo, ya que como ellos manifestaron, una organización de nuestros principios reconocidos debería apoyar sin duda este objetivo. A.M.O.R.C. está definitivamente opuesta a la guerra y a la acumulación de armas, así como también al desarrollo y adquisición de armas nucleares que podrían dar por resultado un conflicto recíprocamente destructivo.

No obstante, el desarme debe ser llevado a cabo universalmente. Estar de acuerdo con éste unilateralmente es insensato. Los individuos altamente motivados que buscan el objetivo de la paz, pero que ven el asunto racionalmente, sedarán cuenta que si una nación se desarma unilateralmente, o si algunos países lo hacen, puede acarrearle un desastre a un estado soberano. Las emociones y los sentimientos, indiferente de cuán elevados sean, deben ser moderados con la calma de la razón.